

como un muro en boca, é impiden que de ella salgan las reprensiones: *Venia et dona exerceant oculos iudicium, et quasi murus in ore avertit correptiones eorum.* (XX. 31).

Los regalos tienen de enojoso y malo que ciegan hasta á los hombres prudentes. Dice S. Gregorio Nazenceno, pues los hombres caen por medio del oro, como los pájaros con la liga. Cuando habla el oro, ningún discurso tiene fuerza; porque el oro persuade siendo mudo: *Auro loquente, iners est omnis oratio, persuadet enim illud, etiamsi nullam vocem edat.* (In Distich.)

Plutarco dice que en Tebas la estatua de la justicia no tenía manos, sino grandes ojos, para manifestar que los jueces no deben dejarse seducir ni por regalos ni por la condicion de los que se presentan en su tribunal. (*Lib. I de Fide*).

Con razon dijo el cardenal Cayetano: Los regalos transforman el corazon; borran las faltas, las excusan y las hacen perdonar. (*Ex Delrio, adag. 56*).

Cuando queremos levantar la voz en nombre de la justicia, dice S. Pedro Damian, esta voz queda debilitada y ahogada por los presentes. Cuando se reciben, disminuyen el vigor de la censura, quitan toda libertad á la elocuencia, y aunque no destruyan enteramente la rectitud del juicio, enervan la autoridad del juez. Rechacémoslos, y conservárcmos la libertad de condenar ó de absolver segun las reglas de la justicia, y cesaremos de ser los esclavos del dinero. (*Lib. II. Epist. II*).

RELIGION. (Véase IGLESIA).

RELIGION viene de volver á atar, dice S. Agustin: *Religio venit a religando.* (Lib. X Civil., c. IV). ¿Qué es religion?

La religion, tomada en su verdadero sentido y objeto, es el conocimiento de Dios y de sus leyes; la observancia de sus preceptos, la fe en él, y el culto que se le tributa... La religion es el lazo, el comercio que existe entre Dios y el hombre...

Toda la religion consiste en imitar á Dios, á quien honrais, dice S. Agustin: *Religionis summa, imitari quem colis.* (Lib. VIII. Civil., c. XVII).

El cristianismo es la imitacion de la vida divina, dice S. Gregorio de Niza: *Christianismus est vite divine imitatio.* (Serm.)

El plan de la religion cristiana es divino. Lo que la religion católica, apostólica y romana nos enseña de las grandezas de Dios, del fin del hombre y de los admirables medios que conducen á este fin, es una doctrina toda celestial, una doctrina infinitamente superior á toda inteligencia creada, una doctrina que jamás habria podido ser conocida, si Dios no la hubiese revelado á los hombres; porque esta doctrina no sólo nos ha revelado todo lo que puede ser descubierta por la ley natural y todo lo que puede ser comprendido por la razon más pura, sino que tambien se extiende infinitamente todavia más allá de esos limites, puesto que va á penetrar hasta en el interior de la profundidad divina, dice S. Pablo: *Profunda Dei.* (I. Cor. II. 10). Diversidad de la religion católica aprobada por su plan.

¿Hay nada más santo que lo que la religion prescribe á los hombres para que lleguen á su fin? ¿Hay nada más santo que amar á Dios sobre todas las cosas, amar al prójimo como á nosotros mismos, y portarnos con él como quisieramos que se portase? Y porque la naturaleza corrompida nos inclina sin cesar á toda clase de prevaricaciones que nos apartan de Dios, esta religion nos manda que reprimamos nuestras codicias, dominemos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las riquezas y los honores, y renunciemos á ganar todo el universo ántes que perder nuestra alma. En fin, esta religion prescribe todo lo que la humanidad, la piedad, la justicia y la razon exigen del hombre; y todo esto con relacion al servicio de Dios, á quien todo debe relacionarse como á nuestro último fin.

¿Cuáles son los medios que la religion cristiana nos propone para consumir nuestra salvacion? Medios admirables, los más propios y eficaces para llegar á tal fin. La presencia de un Dios que vela sin cesar sobre todas nuestras acciones y penetra los lugares más secretos de los corazones; la espectacion de un juicio terrible donde ha de darse cuenta de todas las acciones, y aun de todos los pensamientos; la justicia y la severidad del soberano Juez, que no dejará ningún mal sin castigo, ni ninguna virtud sin recompensa; la grandeza de la recompensa es para los justos, y la magnitud de los suplicios para los

pecadores. Además, ¿de qué auxilio no han de servirnos los ejemplos de Jesucristo, nuestro Dios, nuestro rey, nuestro Salvador, que anda delante de nosotros en el camino de la salvación, que nos lo ha señalado con su sangre, y que desde lo alto del Cielo, donde reinará eternamente, nos brinda con la corona y la gloria? ¿Han podido ser inventados por los hombres unos medios tan admirables y eficaces?

Pero ¿no es ménos sorprendente la conexión, el lazo que existe entre todos los misterios que la religión enseña? Porque, si Dios es el principio de todas las cosas, ¿qué se deduce de ahí sino que Dios sólo existe desde toda la eternidad, que ha sacado de la nada todo el universo, y es el solo dueño soberano de todos los hombres? Si Dios es el último fin del hombre, ¿qué se deduce de ahí sino que las almas son inmortales, que los cuerpos resucitarán un día, que no es en este mundo donde ha de buscarse la felicidad, que todo lo que nos conduce á Dios debe ser mirado como un bien, y que todo lo que nos aleja de Dios debe ser mirado como un mal?

Si la fe nos propone misterios infinitamente elevados é incomprensibles para toda inteligencia creada, como los misterios de la Trinidad y de la encarnación del Verbo, está muy conforme con la razón; porque la razón nos enseña que debemos tener de Dios sentimientos y pensamientos infinitamente superiores al alcance natural de nuestro espíritu; que jamás conocemos á Dios más perfectamente que cuando comprendemos que sus perfecciones y atributos son incomprensibles para todo espíritu humano, y que Dios no sería Dios, si pudiésemos comprenderle en toda la extensión de sus perfecciones. Y este es el mayor motivo de credibilidad, y la más invencible razón que prueba incontestablemente la verdad y la Divinidad de la religión cristiana. Es la revelación del misterio de la santa Trinidad que nos descubre en cierto modo el interior de Dios, interior que no siendo conocido, ni pudiendo serlo más que de él sólo, no puede ni podrá jamás ser penetrado por ningún esfuerzo, si Dios no lo revelará á los hombres, hablándoles verdaderamente. Por consiguiente, el verdadero fundamento de una religión verdaderamente divina y la prueba más incontestable de que Dios ha revelado esta religión, es la revelación del misterio, porque nadie más que él ha podido revelarlo... ¿Qué cosa más conforme también con la razón que la encarnación del Verbo? Era preciso que el mediador entre Dios y los hombres fuese Dios y hombre á la vez: Dios para traernos el remedio, y hombre para darnos ejemplo. Y con esto es fácil comprender, en primer lugar, cuán temible es la justicia de Dios, puesto que no ha podido quedar plenamente satisfecha sino por un hombre-Dios. Es fácil comprender, en segundo lugar, cuán excesiva ha sido la misericordia de Dios, puesto que quiso sufrir la muerte para rescatar á esclavos. Es fácil también comprender, en tercer lugar, cuán admirable ha sido la sabiduría de Dios, que así sacó el bien del mal y del mismo pecado...

Para probarlo invenciblemente, podemos limitarnos á las profecías y á los misterios.

1.º Las profecías.

Supóngase desde luego incontestable el principio de que Dios sólo es el que puede predecir infaliblemente el futuro, porque él solo lo ve y puede hacerlo

sucedor; los hombres no pueden predecir lo futuro sino por casualidad, porque no lo ven, no saben si sucederá, y no pueden tampoco hacer que suceda. Todos los misterios de la religión cristiana han sido figurados por la religión de los judíos, cuya ley, como dice el Apóstol, no era más que la sombra de la ley futura, y no la expresión misma de las cosas: *Umbra enim habens lex futurorum bonorum non ipsam imaginem rerum* (Hebr. X. 1); es decir, el principio de una ley más perfecta; y es constante, por todos los oráculos de los profetas, que todos los misterios de la religión cristiana han sido pronosticados hasta en sus más pequeñas circunstancias, y de una manera tan clara, que podríamos decir que los profetas veían aquellos misterios con sus propios ojos.

(Véase sobre Jesucristo las profecías).

2.º Los milagros.

(Véase sobre Jesucristo los milagros).

El evangelista S. Lucas nos dice que Jesucristo llamó á sus discípulos y escogió á doce, que llamó apóstoles: *Elegit duodecim, quos et apostolos nominavit* (VI. 13). S. Agustín dice con relación á estas palabras: ¡O misericordia infinita del divino fundador de la Iglesia! Sabía que si hubiese elegido á algún senador, el senador le habría dicho: He sido elegido por mi dignidad. Si hubiese elegido al rico, el rico le hubiera dicho: Mi riqueza me ha hecho elegir. Si hubiese tomado por apóstol á un rey, éste habría dicho: He sido preferido porque soy poderoso. Si hubiese elegido á un filósofo: Mi sabiduría lo ha motivado, habría dicho aquel filósofo. Dame desde luego á este pescador; ven, tú, pobre; nada tienes, nada sabes; sígueme. Inútil es que pesques en el mar; voy á hacerte pescador de hombres: *Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum*. (Matth. VI. 19). El pescador abandona sus redes; recibe la gracia, y llega á ser el divino orador. Bien pronto se leerán las palabras de los pescadores, y los oradores inclinarán sus cabezas.

Lo que el mundo tiene por más sencillo, lo ha elegido Dios para confundir á los sabios, dice el gran Apóstol; y lo que el mundo tiene por débil, para confundir á los fuertes; y lo que el mundo tiene por bajo, por despreciable, y lo que no existe, lo ha elegido Dios para destruir lo que es, para que ninguna carne se glorie en su presencia: *Quae stulta sunt mundi, elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt destrueret; ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus*. (I. Cor. I. 27-29).

Las tres cosas que el mundo acostumbra admirar, la sabiduría, el poder y la nobleza, han sido despreciadas por Dios en la vocación de los hombres á la fe, á la justicia y á la salvación. Eligió, por el contrario, tres cosas opuestas, la locura, la impotencia y la abyección, á fin de manifestar que su obra era divina. Pero, dice S. Pablo, la palabra de la cruz es locura para los que perecen, y por el contrario, es la virtud de Dios para los que se salvan, para nosotros, porque está escrito: Perderé la sabiduría de los sabios, y experimentaré la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el partidario de este siglo? ¿No ha infatuado Dios la sabiduría de este mundo? Porque no habiendo el mundo conocido á Dios por la sabiduría, ha querido Dios salvar, con la locura de la predicación, á los creyentes. La locura de Dios es

El modo con que ha sido revelada esta doctrina es divino.

Divinidad de la religión cristiana probada por su establecimiento y instrumentos débiles.

más sábia que los hombres, y la debilidad de Dios más fuerte que los hombres. (1. Cor. I. *passim*.)

La virtud y el poder de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, no sólo han brillado en sí mismos, sino en la predicación de sus enviados. Han brillado: 1.º en que un corto número de apóstoles, simples pescadores pobres, sin estudio, oscuros de raza judáica, sin ningún apoyo en el mundo, han sometido, sin embargo, al universo pagano á la cruz...; 2.º en que han vencido á los más terribles enemigos, á los demonios, las diversas concupiscencias, las pasiones, los pecados, la muerte, el infierno, reyes, príncipes, filósofos engreídos, oradores, griegos, bárbaros, y las leyes, costumbres y todas las sectas...; 3.º en que han convencido los espíritus y han triunfado, no por las armas; ni por la sabiduría humana, ni por la elocuencia profana, sino por su sencilla predicación...; 4.º en que en poco tiempo han extendido la fe por todo el universo...; 5.º en que por la gracia de Jesucristo se han sobrepujado, con una voluntad perfectamente sumisa y un valor invencible, á las amenazas de los tiranos, á los golpes, cadenas, prisiones, tormentos y otras cien pruebas superiores á las fuerzas de la naturaleza...; 6.º en que han hecho creer en la doctrina no de un Dios lleno de gloria, sino de un Dios crucificado; haciendo creer en aquel crucificado, haciéndole adorar, haciendo recibir y practicar su ley, opuesta á la naturaleza y á la carne...; 7.º en que los lobos se han vuelto corderos; los perseguidores, vencidos y mansos ya, se han hecho defensores de la religión...; 8.º en que los corderos han triunfado de los lobos. (De Apost.)

¡O sublime religión, exclama S. Nilo, más poderosa que todos los reyes, más real que la misma dignidad de los que se sientan en los tronos! Ella derribaba sin armas lo que con armas preparaban los reyes; ella hacía practicar, muriendo en el martirio, lo que los reyes y tiranos prohibían bajo pena de muerte; ella levantaba sus trofeos contra sus verdugos por medio de la muerte de sus hijos. (Homil. II. de Christi Ascens.)

En medio de la ceguera universal, de la ruina total de todo principio, y de un diluvio de desórdenes, el cristianismo se levanta y se dirige á las naciones. Emplea para la rápida conquista del mundo, instrumentos de una debilidad extraordinaria, instrumentos que, á juzgar por las apariencias, debían ser sin efecto; porque ¿qué proporción existía entre aquellos instrumentos y el fin de que se trataba? ¿Quién creería que doce pescadores son propios para la elección que se hace de sus personas, y que querían siquiera aceptarla? Séame permitido evocar la memoria de los más grandes hombres de la antigüedad, y hacerles testigos del espectáculo que se prepara para someter la Judea. Olofernes, Nabucodonosor y los romanos hacen avanzar numerosos ejércitos. Para someter el Asia, Alejandro marcha á la cabeza de un poderoso ejército. ¿Qué dirán viendo que Jesucristo, para conquistar el mundo entero, no emplea más que doce hombres? Nosotros mismos hoy, cuando con la única luz de la razón miramos las cosas, y vemos que aquellos doce hombres echan sobre las naciones una mirada de dominio, y como, á título de herencia, las dividen entre sí y toma cada cual imperios y reinos inmensos y numerosos, ¿no vemos tentados de compararlos á aquel niño que pretendía encerrar todos los mares en un pequeño vaso?

Presentemos aquí la rica y sublime descripción que ha hecho el gran san

Crisóstomo: Mirad, dice, á Pedro, que vestido pobremente y con un palo en la mano se adelanta, armado con una cruz de madera al populoso centro de las religiones disolutas envejecidas en la corrupción. Yo le pregunto:—¿A dónde vas, Pedro?—Voy á Roma.—Y ¿qué pretendes hacer allí?—Subyugar á la dueña del universo, derribar su capitolio, destruir sus altares, aniquilar sus simulacros, y, á pesar de su orgullo, hacerla caer á los pies de un hombre atado en la cruz.—¿Qué empresa! Y para conseguirlo; ¿dónde están tus recursos, tus apoyos y tus soldados?—Nada tengo de esto; si el universo fuese mío, estaría menos seguro de vencer; pero ahora soy invencible, porque estoy solo y no tengo más que esta cruz de madera.—Eres sabio; y ¿puede darse jamás una empresa que lleve más marcadamente el sello de la temeridad y de la locura?—Temeridad y locura, todo lo que quieras; pero el Cielo me responde del éxito. Y ¿no parece esto superior á las fuerzas de la naturaleza? Al verle, á aquel hombre de nada tomar un tono tan decisivo, y manifestar una confianza tan intrépida; ¿qué debe pensarse? Pero ¡cuál será vuestra admiración, si tan pomposas y magníficas promesas se cumplen al pié de la letra! Y no lo dudeis, las cumplirá. En aquel mismo momento, entra en Roma, y diréis ya que al acercarse tiembla el Capitolio, y alarmados los dioses del paganismo presagian su próxima ruina. Instalado en aquella gran ciudad, en aquella ciudad llena de orgullo, habla y le escuchan, y le admiran; manda, y le obedecen; truena, y la cruz, el radiante estandarte signo de paz y de salvación; flota á lo lejos sobre las ruinas del abatido paganismo. Los envidiosos Césares habían conjurado su ruina; y vedlo ya sentado en el trono de los Césares, aquella divina señal está en su frente, y los ídolos á sus plantas, de suerte que mucho mejor que del primero de los Césares, puede decirse de Pedro: Vino, vió y triunfó. Pronto los frutos de su celo se extienden á lejanos países, y la voz de Pedro resuena en los lugares donde no habían podido penetrar las armas de los romanos. Durante más de seiscientos años y después de muchas guerras y combates, Roma no había conseguido más que ser la capital de un imperio; y luego en poco tiempo, bajo un solo hombre que no entiende de guerra, llega á ser la capital del mundo cristiano. Decid después de esto, si os atreveis, que el establecimiento de que se trata no es obra de Dios, que Dios no es su solo y verdadero autor, en tanto que de parte de los hombres son tan desproporcionados é insuficientes los medios. No, nó; para ejecutar sus voluntades, el rey de los reyes no necesita nuestros débiles auxilios; su brazo se basta á sí mismo, y cuando para hacer cosas grandes emplea instrumentos débiles, entonces, más que nunca, prodiga los milagros. (De S. Pedro).

Muy bien dice Tertuliano: Salomón reinó; pero en los confines de Judea, desde Dan hasta Bersabé. Darío reinó sobre los babilonios y los partas, y no más lejos. Faraón únicamente en Egipto; Nabucodonosor desde la Judea á la Etiopía; Alejandro no ocupó jamás el Asia entera. Y de la misma manera los germanos, los bretones, los galos, los moros y los romanos tuvieron límites en su imperio. Pero el nombre de Jesucristo y su reino se extienden por todas partes; por todas partes se cree en Jesucristo; todas las naciones le honran; reina por todas partes, y por todas partes es adorado; es para todos Rey de todos, juez de todos, Dios y señor de todos, y su reino es un reino eterno; su reino no tendrá fin. (Lib. contra Judcos).

Este es, dice S. Crisóstomo, el mayor de todos los milagros, el milagro de los milagros: acude el mundo entero, atraído por doce hombres pobres y sin instrucción (1).

Cuando oigo, dice Bossuet, que el pueblo grita que el Salvador merece la muerte por haberse hecho rey; en verdad, aquellos furiosos hablan mejor de lo que piensan, porque Jesucristo debe reinar por la muerte. Cuando lleva su cruz sobre sus inocentes espaldas, cualquiera otro diferente de un cristiano quedaría sorprendido de su impotencia; pero el fiel debe acordarse que Isaías dijo que su dominación y su principado se pondrían sobre su espalda: *Cujus principatus super humerum ejus*. Este imperio, este principado sobre sus espaldas, es su divina cruz. Su cruz es su cetro. Ella pondrá á todos los pueblos bajo la obediencia de Nuestro Señor. Escribid, ó Pilatos, en tres lenguas aquel hermoso título sobre la cruz del Salvador: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*. Escribese la dignidad real de Jesús en lengua hebráica, que es la lengua del pueblo de Dios, y en lengua griega, que es la lengua de los doctos y de los filósofos, y en lengua romana, que es la del imperio del mundo. Y vosotros, ó griegos, inventores de las artes; vosotros, ó judíos, herederos de las promesas; vosotros, romanos, dueños de la tierra, venid á leer esa admirable inscripción, y doblad la rodilla delante de vuestro rey. Pronto vereis á este hombre, abandonado hoy de sus propios discípulos, reunir á todos los pueblos bajo la invocación de su nombre. Pronto sucederá lo que en otro tiempo predijo, que, estando elevado fuera de la tierra, todo lo atraerá á sí, y cambiará el instrumento del más infame suplicio en una máquina celestial para arrebatar todos los corazones. Pronto las naciones incrédulas, á las que alarga sus brazos, vendrán á recibir entre sus abrazos paternos el amable beso de paz que, según las antiguas profecías, debe reconciliarlos con el verdadero Dios que no conocían. Pronto aquel crucificado recibirá la corona de honor y de gloria, á causa de que, por la gracia de Dios, ha sufrido la muerte por todos, como dice la divina epístola á los hebreos, (XI. 9). Verán hacer de su sepulcro una hermosa posteridad, y se cumplirá gloriosamente el famoso oráculo del profeta Isaías: Si da su alma por el pecado, tendrá una larga posteridad: *Si ponerit pro peccato animam suam, videbit semel longævum*. (LIII. 10). Esta piedra tirada de la construcción del edificio será la piedra angular y fundamental que sostendrá el nuevo edificio, y ese misterioso grano de trigo que representa á nuestro Salvador, habiendo caído en la tierra, se multiplicará por su propia corrupción; es decir, que el Hijo de Dios caerá de la cruz en el sepulcro, y por un maravilloso suceso todos los pueblos caerán á sus plantas: *Populi sub te cadent*. (Psalm. XLIV. 6).

En tiempo de los apóstoles, el nombre de Jesucristo era adorado por toda la tierra, decía S. Pablo: *Fides vestra annuntiatur in universo mundo*. (Rom. I. 8).

Formamos, dice Tertuliano, casi la mayor parte de todas las ciudades: *Pars pene major civitatis cujusque*. (In Apolog.) Los partas, invencibles para

(1) Hoc ipsum maximum est miraculum, est miraculum abque miraculis orbem terrarum accurrere a duodecim pauperibus, et illitteratis hominibus attractam. (In Act. apost.)

los romanos, los tracios, cansados de todas las leyes, sufrieron voluntariamente el yugo de Jesús. Los medas, y los armenios, y los persas, y los indios los más lejanos; los moros y los árabes y las vastas provincias del Oriente, el Egipto y la Etiopía y el Africa más salvaje, los escitas siempre errantes, los sarmatas, los getulios y la Barbaria la más inhumana, han sido dominados por la humilde y modesta doctrina del Salvador Jesús...

Jesús reina en todas partes, dice Tertuliano, Jesús es adorado en todo lugar. Y lo que es más admirable, es que no son los nobles y los emperadores quienes le han atraído los simples y los labriegos; al contrario, él ha atraído á los emperadores por la autoridad de los pescadores. (In Apolog.)

Profanas, dicen los apóstoles á las naciones paganas, ¿hasta cuándo vivireis en la seducción? Prostituireis vuestro incienso á sacrilegas divinidades? ¿Ignorais quién es el Dios verdadero? Vamos á deciroslo: Este Dios que reina en todos los siglos, no es tal como el error os lo pinta; su poder ha formado todos los seres, su inmensidad abraza todos los lugares, su sabiduría dispone todos los acontecimientos. Un día llamará de la tumba á todos los muertos para ser juzgados, y según sus virtudes ó sus crímenes, concederá premios ó impondrá eternos castigos. Este Dios es único, y no obstante de ser único, su simple é indivisible esencia en una perfecta unidad, encierra tres personas distintas entre sí. La segunda de esas tres personas adorables se ha revestido de carne mortal por amor hácia vosotros. Este gran Dios hecho hombre ha muerto por vosotros en una cruz. Mortales, adorad esta cruz, adorad á este Dios muerto en la cruz. ¿Cuál debió ser la sorpresa y la admiración del universo idólatra al verla? ¿Que todo lo que respira ha salido de la nada! ¿Los muertos resucitan! ¿Para castigar el pecado una pena eternal! ¿Un Dios único, y sin embargo en tres personas! ¿Un Dios inmenso, y sin embargo hombre! ¿Un Dios adorable, y sin embargo crucificado! ¿Qué extrañas paradojas! ¿Son verdades? ¿Son fábulas?

Mirad la moral de los apóstoles. Los apóstoles continúan: Hombres ciegos, correis detrás de los placeres, de las riquezas y de los honores; y sabed que esto es precisamente lo que se ha de despreciar. ¿Queréis ser dichosos? Llorad, aborreceos, crucificaos; esta es la dicha. Avaros, daréis vuestros bienes á los pobres. Vengativos, no os vengaréis, perdonareis, y devolvereis bien por mal. Esta moral, desconocida y austera, estos misterios y estos dogmas ininteligibles son aceptados, creídos y practicados. Este es el mayor milagro, milagro que prueba evidentemente la divinidad de este dogma y de esta moral, y de la religion que enseña el uno y la otra...

Si la debilidad de los instrumentos de que Dios se ha servido para fundar su religion; si los dogmas y la moral austera que se han propuesto y recibido prueban claramente la divinidad de la religion cristiana, los terribles obstáculos que siempre ha encontrado y vencido tan felizmente, no prueban menos su divinidad.

La religion de Jesucristo provoca un levantamiento general; calumnias, promesas, artificios, traiciones, furors, crueldad, todo se emplea contra ella. Todos los poderes infernales y de la tierra vienen á arrojarle juntos sobre el Cristo y su religion.

2.º Severidad del dogma y de la moral.

3.º Grandeza de los obstáculos vencidos.

Nó, dice la razón, no reinará sobre nosotros; tus dogmas y tus misterios son ininteligibles. Nó, dice la pasión, no reinará sobre mí; tu moral es demasiado pesada. Nó, dice la política, no reinará sobre los pueblos; eres un estorbo para su libertad...

Efectivamente, dice el autor del *Ensayo sobre la indiferencia*, á las brillantes fiestas del paganismo, á las graciosas imágenes de una mitología encantadora, á la cómoda licencia de la moral filosófica y á todas las seducciones de las artes y de los placeres, el cristianismo opone las pompas del dolor, graves y lóbregas ceremonias, las lágrimas de la penitencia, amenazas terribles, temibles misterios, el fausto espantoso de la pobreza, el saco, la ceniza, el cilicio, la cruz y todos los símbolos de un despojamiento absoluto y de una consternación profunda, porque todo esto es lo que vió desde luego el universo pagano en el cristianismo. Al momento las pasiones se lanzan con furor contra el enemigo que se presenta para disputarles el imperio. Los pueblos, sublevados, se precipitan bajo la bandera del vicio. La avaricia lleva allí á los sacerdotes de los ídolos; el orgullo acompaña allí á los sabios, y la política á los emperadores. Entonces comienza una guerra espantosa; no se respeta edad ni sexo. Las plazas públicas, los caminos y los mismos campos, y hasta los lugares más desiertos, se cubren de instrumentos de tortura, de caballetes, hogueras y cadalsos. Los juegos se mezclan con la matanza; por todas partes se apresuran á gozar de la agonía y de la muerte de los inocentes, á quienes se degüella; y el grito bárbaro: *Los cristianos á los leones*, hace estremecer de alegría á una muchedumbre ébria de sangre. Pero en aquellos espantosos holocaustos, que se apresuran á ofrecer aquellas divinidades espirantes, es menester que cada una tenga sus víctimas escogidas; y una crueldad ingeniosa inventa nuevos suplicios á la medida del pudor. Y finalmente los verdugos cansados se detienen, la cuchilla cae de sus manos; no sé qué virtud celestial emanada de la cruz comienza á conoverlos también á ellos, y á ejemplo de naciones enteras, subyugadas antes, caen á los pies del cristianismo, que, en cambio de arrepentimiento, les promete la inmortalidad y les prodiga ya la esperanza.

Todo lo habeis conjurado de una vez; habeis conjurado á los reyes, á los filósofos, las pasiones, la tierra y el infierno; habeis reunido vuestras fuerzas, todo resuena con vuestros golpes; y ¿cuál será el resultado? *Regnabit á ligno Deus...* La cruz brilla, y veo vuestras coaliciones rotas, y destruido vuestro complot. Este estandarte glorioso de la cruz, todo desgarrado, y todo ensangrentado, consigne el imperio del mundo. Os rebelais, pasiones indóctiles: muy alto haceis resonar que si el Evangelio tiene prosélitos, deben éstos vivir alerta consigo mismos; y vosotros, por el contrario, vosotros prometéis las más lisonjeras dulzuras. ¿Quién ganará? *Regnabit á ligno Deus*. La cruz vence. No presenta, es verdad, más que un leño rígido, nudos crueles, enormes clavos, lágrimas mezcladas con sangre; y á pesar de esto, ó lisonjeros deleites, se encuentran en la cruz más atractivos que en vosotros, y para arrojarse en sus brazos, muchos se desprenden de los vuestros. Tiranos, reunís á vuestros lictores, preparáis vuestros tormentos: de tantos hombres como os traen, unos son precipitados en las aguas, otros arrojados á las llamas, otros devorados por los osos; todos expiran con una muerte sangrienta y cruel; hasta vuestra crueldad, para prolongar el suplicio, se entretiene en no derramar la sangre

sino gota á gota: en tanto que el Hijo de María está sin armas ni defensa; vosotros, rodeados de soldados, presidís bárbaras ejecuciones. Y sin embargo, ¿quién ha de vencer? *Regnabit á ligno Deus*. El Cordero inmolado se convierte en Cordero dominador de la tierra. Generales de ejército, gobernadores de provincia, prefectos de pretorio, vienen á pedir la muerte, y les acompañan con el mismo paso tiernos niños y jóvenes vírgenes. Tiranos, en el aparato de vuestra grandeza, sois vencidos por niños, y niños no lo son por verdugos. Lo que aún no se había visto, tormentos y alegría, crueles dolores y gritos de regocijo, llegan á verse á un mismo tiempo; cuántas más víctimas se sacrifican, más se presentan; y la Iglesia queda fertilizada con sus ruinas, y sobre rios de sangre llega más pronto y majestuosamente hasta las extremidades de la tierra.

¿Dónde estais, perseguidores? exclama Bossuet. ¿Qué se han hecho aquellos leones terribles que querian devorar el rebaño del Salvador? Ya no existen; Jesús los ha derrotado, y han caído á sus pies. Ha sucedido con ellos lo que con S. Pablo: Jesús hizo morir en él á su perseguidor, poniendo en su lugar á un sublime y santo apóstol, dice S. Agustín: *Occisus est inimicus Christi, vivit discipulus Christi*. (De S. Paulo.)

Yo te venero, ó religion santa y divina: tus triunfos por la cruz, en los primeros siglos, me prueban invenciblemente que sois la sagrada esposa de un Dios crucificado...

La antorcha de la verdad sale de la cruz y va á iluminar ambos hemisferios; delante de la sagrada montaña del Calvario se bojan las otras montañas, y la nueva religion predomina. ¿Subsistirá? Un filósofo del siglo responde osadamente que no subsistirá. La primera razon que nos presenta es que el encanto de la novedad, encanto invencible y seductor, se disipará tarde ó temprano; y entonces, no viendo en ella nada que estimule, llegará á cansar. Esta inconstancia natural en el hombre, ¿con cuántos ejemplos no se ve atestiguada? La segunda razon que nos presenta, es que, sin relajarse en nada, combate las inclinaciones y domina la codicia; inflexible y severa, jamás se presta á las inclinaciones viciosas. Supongamos que por ostentación y terquedad se viva algún tiempo en la opresión; pero, ¿dónde está el hombre que quiere sujetarse para siempre á un dueño imperioso y dominador? ¿dónde está el hombre que quiere comprometerse á sufrir por estado? Los atractivos del deleite se desvanecen y llegan á disgustar; pero las heridas del dolor pican siempre en un lugar sensible; es imposible acostumbrarse á ellas; y puesto que la ley cristiana estorba eternamente, es menester que perezca. Sucedirá con ella lo que con aquellos espectáculos que atraen á los pueblos enteros; son grandes, son sorprendentes, pero tienen un último acto. Así, en las reglas de la prudencia ordinaria, es fácil prever lo que sucederá. Pero, sin embargo, ¿qué sucede? La religion sale libre de todas las persecuciones, de todos los peligros y de todas las asechanzas; y subsiste. Tantos prodigios del arte tan alabados, tantos palacios, mausoleos soberbios y opulentos, é inmensas ciudades caen al suelo. Los egipcios, los griegos, los romanos y tantos otros pueblos de la antigüedad ya no existen. En un círculo de revoluciones las leyes, las costumbres, los imperios y los reinos han cambiado; y en medio de todas estas ruinas, de todas es-

4.º Divinidad de la religion probada por su duración.

tas revoluciones, la religion no cambia; subsiste siempre, la fe es siempre la misma. En tanto que al rededor suyo todo se hunde, todo desaparece, y todas las sectas se desvanecen unas tras otras, la religion católica, apostólica y romana es la única que queda inquebrantable, inmóvil y de pie. ¿De dónde procede todo esto, sino de la mano Omnipotente que la sostiene? Y si la mano de Dios la sostiene siempre y exclusivamente, no hay duda que es divina, la única divina, la única obra de Dios, la única esposa de Jesucristo...

La religion, desde su origen, dice Lamennais (*Ensayos sobre la indiferencia*), ha sido en todos tiempos combatida con grandes pruebas. Agitada sin cesar por algun huracan, es propio de su destino no gozar jamás en la tierra tranquilidad perfecta. El orgullo, la licencia, la avaricia y todas las pasiones, ligadas contra ella, le suscitan incesantemente nuevas guerras, pero la preparan tambien nuevos triunfos. ¡Fuerza admirable de la sociedad cristiana! La heregia, ya vigorosa, ya audaz, toma todas las formas, se cubre con todas las máscaras, y se amolda y vuelve á amoldarse en todos sentidos, para comover sus dogmas; y constantemente invariable en su doctrina, la Iglesia ve como los siglos rebeldes vienen á expirar uno tras otro á sus plantas. El espíritu de independencia ó la ambicion de dominar excita en su propio seno divisiones seguidas muchas veces de deplorables cismas; al momento, de sus desgarradas entrañas, pero siempre fecundas, salen á tropel nuevos hijos que la consuelan de los que ha perdido. Príncipes envidiosos atentan contra sus derechos, y se esfuerzan en turbar su divina gerarquía; pero, á pesar de sus violencias y sus astucias, el gobierno de la Iglesia, más firme aún con los golpes que recibe, subsiste inalterable y se perpetúa de siglo en siglo en medio de los desquiciamientos y de las ruinas de los gobiernos humanos.

Pero ahora es cuando el cristianismo es atacado por su base. Se ha reconocido que la religion y todos sus dogmas descansan sobre la autoridad, como una roca inquebrantable; y al momento la multitud de los sectarios, divididos en todo lo demás, se unen para zazar este cimiento de todas las verdades. La reforma es su grito de guerra. Escuchadlos, vienen á libertar la tierra de los abusos introducidos por las pasiones, y á curar el espíritu humano de las preocupaciones que lo oscurecen.

Armados de tan seductor pretexto, multiplican sin fin las destrucciones; la supremacia del jefe de la Iglesia, el episcopado, el órden pastoral, los Sacramentos, el culto y las santas pompas, nada se escapa á la osadía de su zelo reformador. Mutillando á porfia la fe, se apresuran en cierto modo á librarse del tormento de creer, como del tormento de obedecer, y proclaman rápidamente en sus efímeros símbolos la abolicion de todos los dogmas religiosos y sociales. Luteranos, socinianos, deístas, ateos, etc., bajo estos distintos nombres, que indican las faeces sucesivas de una misma doctrina, prosiguen con infatigable perseverancia su plan de ataque contra la autoridad. Niegan los misterios del cristianismo, niegan su moral, niegan á su autor; niegan á Dios, y se niegan á sí mismos. Aquí acaba la razon humana.

¿Y con qué encono, prosigue el escritor, se persiguió la religion en Francia en 1793? Entonces, sobre las ruinas del altar y del Trono, sobre los huesos del sacerdote y del soberano, empezó el reinado del odio y del terror, espantoso cumplimiento de aquella profecía: Un pueblo entero se precipitará,

hombre contra hombre; vecino contra vecino; y con gran alboroto; el niño se levantará contra el anciano y el populacho contra los grandes porque han opuesto sus lenguas y sus invenciones contra Dios.

Creian haber destruido la religion, se lisonjaban de ello; y salió de aquella terrible tempestad más hermosa y más fuerte que nunca. Así pues la religion es divina, puesto que nada puede comoverla ni derribarla; puesto que á todo resiste, á todo se sobrepone, y á todo sobrevive...

1.º Destruida la idolatría y convertidos los paganos al amor del verdadero Dios, se ve, como admirable efecto que confirma la Divinidad de la religion católica, una inefable santidad de costumbres en toda clase de personas. El maravilloso cambio que la religion ha producido en todos los siglos, las obras sublimes en todo género que ha creado y mantenido, prueban que es divina... Ved el valor y la constancia de los mártires.

San Agustin, hablando del gran número de convertidos á la fe, no tenia dificultad en decir que, si alguno hubiese dicho á voz en grito las palabras de la Misa: *Sursua corda*. Elevemos nuestros corazones; se hubiera podido responder de todas las ciudades, aldeas, montañas, selvas y comarcas: Elevados tenemos nuestros corazones al Señor: *Habemus ad Dominum*. ¡Tanto sabe la religion cristiana desprender á los hombres de la tierra, y unirlos al servicio de Dios! (*Lib. de Civit.*)

Lo que hay todavia notable y maravilloso, es que estos admirables cambios se han hecho hasta en los más perversos, los más viciosos y perdidos... Con dos ó tres palabras, dice Lactancio, se convertía á los más grandes pecadores en grandes santos; los más sensuales practicaban las austeridades más sorprendentes, y los más delicados despreciaban los tormentos y la muerte. Todas estas maravillas se verificaban sin fuerza, sin violencia; sin armas y sin ningun auxilio humano; y todo esto con la pobreza, la humildad, los sufrimientos y el martirio. (*Lib. III. c. V.*)

La religion, como su divino fundador, pasa al través de los siglos haciendo bien: *Pertransiit benefaciendo*. (Act. X. 38.)

Se puede decir de la religion, al ver sus dichosos efectos y sus inestimables beneficios, lo que los magos de Faraon decian en presencia de las maravillas que obraba Moisés: Ahí está el dedo de Dios; *Digitus Dei est hic*. (Exod. VIII. 19.)

Ved, dice Tertuliano, la impudencia vencida por la castidad, la incredulidad derribada por la fe, la crueldad destruida por la misericordia, la ira por la dulzura, todos los vicios por todas las virtudes. (*Lib. de Apolog.*)

2.º El cristianismo civiliza al mundo... Lo ha civilizado por tres medios: 1.º haciendo de la autoridad una cosa inviolable y sagrada...; 2.º haciendo de la obediencia una cosa santa...; 3.º haciendo de la abnegacion, y del sacrificio, ó por mejor decir, de la caridad, una cosa divina... ¿Qué es el catolicismo? Libertad, sabiduría, humildad, dulzura, caridad, heroísmo...

3.º A la religion debemos la ciencia.

(Véase el artículo Iglesia.)

4.º A la religion debemos el exterminio de la esclavitud, á ella debemos la verdadera libertad y la verdadera igualdad.

(Véase Iglesia.)

Los efectos que produce la religion cristiana son divinos.

5.º La religion sola es el socorro y el sosten de los desgraciados.

Citemos tambien aquí las palabras del autor del *Ensayo sobre la indiferencia*: Venid, seguid los pasos de la religion de amor; contad, si es posible, los beneficios que esparce á manos llenas sobre los hombres, la obras de misericordia que inspira, y que sólo ella puede recompensar.

Durante una peste, que devastó en el siglo III gran parte del imperio, los paganos, abandonando á sus amigos y parientes, no pensaron más que en escapar para ponerse al abrigo del contagio. Los cristianos, tan cruelmente perseguidos entónces, se dedicaron al cuidado de todos los enfermos, fieles é idólatras, y se vengaron de sus enemigos, como se vengon los cristianos, sacrificándose por ellos. ¡Cuántos ejemplos parecidos nos ofrece la historia de la Iglesia! Los discípulos de Jesucristo agobiaban de beneficios á sus detractores. ¿No es vergonzoso para nosotros, escribía el emperador Juliano á Arsacio, pontífice de Así, que los galileos, además de sus pobres, mantengan tambien á los nuestros?

Y el cristianismo no ha degenerado envejeciéndose; sus anales no están llenos más que de los servicios de todas clases que ha prestado en todos tiempos á la humanidad.

Sería nunca acabar si se tratase de recordar sumariamente todos los servicios prestados á la sociedad por el Clero católico. ¡Cuántas enemistades apaciguadas, cuántos esposos, parientes, conciudadanos reconciliados, victimas arrancadas al vicio, injusticias reparadas, iniquidades prevenidas, penas consoladas, y secretas miserias desvanecidas por medicion suya!

Se han recordado parte de los beneficios de la religion; son tan grandes como incontestables. Y ¿cómo es que una religion tan favorable á la humanidad, madre de la civilizacion y de la ciencia, amiga de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, religion que alivia todas las miserias, tenga enemigos entre los hombres? ¿Es posible que tanto amor no disipe las preocupaciones y el odio? ¡Ay! Lo que excita este odio es la hermosura, la perfeccion misma de la ley evangélica. La severidad de los deberes que impone espanta las pasiones y se disputa el bien que hace por causa del bien que manda hacer.

Pero, antes de rechazar con desden la religion, el hombre debe aprender á conocerla. El desprecio es fácil; es un placer que la ignorancia proporciona á poca costa al orgullo. Pero sonreirse no basta; porque Dios tambien se sonreirá, dice la Escritura: *Iridebit et subsannabit eos.* (Psal. II. 4). Pero en aquel día formidable, que será el de la justicia, la criatura rebelde, contemplando á las claras el órden que ha desconocido, y mirándolo con desesperacion, lo verá tan conforme con su naturaleza, que será para ella un tormento menor concurrir á él con su suplicio, que turbarlo, si posible fuese, por el goce injusto de la felicidad que mereció perder. ¿De qué sirve engañarnos? ¿Qué ventaja reportamos? ¿Qué es este corto desvanecimiento que nos proporcionamos con el auxilio de embriagadores sofismas, comparado con el terrible día de mañana que ha de venir, y que no ha de tener fin?..

Unámonos, pues, á esta religion tan fecunda en beneficios, tan perfecta, tan divina; amémosla, respelémola y practiquémosla...

REMORDIMIENTOS.

SIENDO José vendido por sus hermanos, cuando éstos fueron á Egipto para librarse del hambre, los amenazó, los trató de espías, y los hizo poner en la cárcel durante tres dias. Y ellos se decian unos á otros: *Muy justamente sufrimos esto, porque hemos pecado contra nuestro hermano: Merito hæc patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum.* (Gen. XLII. 21).

Cuanto más, dice S. Bernardo, nos entregamos á placeres criminales, tanto más encontramos tormentos en el trabajo; porque somos castigados por donde pecamos: *Quotquot fuerunt oblectamenta mala, tot tormenta dura in pena; nam inde punimur, unde delectamur.* (Serm. in Psal.)

La justicia de Dios no deja impune ningun pecado, como no deja tampoco ningun bien sin recompensa... Así lo habeis ordenado, dice S. Agustín, y así debe ser: Que todo espíritu desarreglado sea castigo de sí mismo: *Iustus, Domine, et ita est, ut pena sibi sit omnis inordinatus animus.* (Lib. Censur.)

Verteré á echar los crímenes del culpable á su seno, dice el Señor por boca de Isaias: *Remetiar opus eorum primum in sinu eorum.* (LV. 7).

Porque han abandonado la ley que yo les había dado, dice Jeremías; porque no han escuchado mi voz y no han marchado segun mis mandamientos, siguiendo la perversidad de su corazon, hé aquí lo que dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Alimentaré á este pueblo con ajeno, y apagaré su sed con agua de hiel: *Quia dereliquerunt legem meam, et non audierunt vocem meam, et non ambulaverunt in ea, et abierunt post pravitatem cordis sui; idcirco, ecce ego cibabo populum istum absinthio, et potum dabo eis aquam fellis.* (IX. 13-15).

Los remordimientos y los tormentos del alma son tantos cuantos sean los vicios, dice S. Jerónimo: *Quot sunt vitia, tot sunt animi tormenta.* (Lib. super Genes.)

El impío se castiga á sí mismo, dice S. Ambrosio: *Impius ipse sibi pena est.* (Lib. de Offic.) El yugo de mis iniquidades vela, dice Jeremías: *Vigilavit iugum iniquitatum nearum.* (Lament. I. 14).

Hasta que el pecado está consumado, el alma está en las tinieblas, dice san Crisóstomo, y está como envuelta en una nube sombría; luego levanta el remordimiento de la conciencia, y roe el alma más que ningun otro acusador, manifestando el desórden y la enormidad de la accion (1).

Es como el agua de un rio, mientras corre; pero, así que llega al mar, se vuelve amarga y salada... El culpable comete el pecado para tener algun ins-

Justicia de los remordimientos.

El demonio y las pasiones no dejan entrever el remordimiento antes de la accion.

(1) Peccatum donec consummetur, obtenebrat mentem et quasi densas nubes, ita mentem corrumpit: deinde conscientia insurgit, et quavis accusatore, mentem gravius ardit, monstrans absurditatem facit. (In Genes., c. XLIII).

tante de placer, dice S. Agustín; el placer pasa, y el pecado queda; lo que li-sonjeaba no existe, y lo que atormenta no se va (1).

Cuando la serpiente quiso hacer caer á Eva, le ocultó el remordimiento, y le hizo ver la hermosura y la excelencia de la fruta prohibida. No morieris, dijo, seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal. (*Gen. III. 4-5*). Cae, y cae Adán. El remordimiento y la confusión se apoderan de ellos... Si el demonio y las pasiones no ocultasen el remordimiento, sobre todo ántes del pecado, no se caería jamás en el mal.

No podemos sustraernos á los remordimientos.

Los pecados, dice S. Basilio, siguen al alma como la sombra al cuerpo, y representan vivamente por medio del remordimiento las imágenes de los crímenes cometidos: *Sicut umbra corpora, sic peccata sequuntur animas, et manifestas facinorum representant imagines.* (Apud. Anton., serm. XVI).

Por más distracción que se proporcionase David, siempre tenía presente su pecado, dice S. Ambrosio. Por más que dijese ú oyese decir, por más que luciese, el remordimiento estaba siempre allí: todo lo que veía le echaba en rostro su crimen, en la mesa, en la cama, de noche, de día, en sus oraciones, jamás el recuerdo de su caída le abandonaba: su remordimiento le perseguía por todas partes; el mismo lo dice: *Mi pecado está siempre contra mí: Peccatum meum contra me est semper.* (L. 4. — Lib. I. de Offic.)

Dirigiéndose S. Ambrosio á Cain, dice admirablemente: No es la voz de Abel la que te acusa, no es su alma, sino la voz de la sangre que has derramado; es tu crimen el que te acusa, y no tu hermano. Sin embargo, la tierra que ha recibido esa sangre, es también un testigo contra ti. Si tu hermano te perdona, la tierra no te perdona; si tu hermano se calla, la tierra te condena. Es para ti juez y testigo. No hay duda que las criaturas superiores, el Cielo, el sol, la luna, las estrellas, los tronos, las dominaciones, los principados, las potencias, los querubines y los serafines, habrán también condenado aquel culpable á quien culpaban igualmente las criaturas inferiores. ¿Cómo podría perdonarle el Cielo, persiguiéndole la tierra? (*Lib. II. de Cain, c. IX*).

Si obras bien, dijo el Señor á Cain, ¿no recibirás recompensa? Pero, si obras mal, ¿no se te presentará de repente el pecado, el pecado que está en acecho? *Nome, si bene egeris, recipies? sin autem male, statim in foribus peccatum aderit?* (*Gen. IV. 7*).

Nadie puede sustraerse al remordimiento, á este azote de la conciencia...; el remordimiento es inseparable de la falta...; la pena marcha con el culpable...

El impío huye sin que se le persiga, dicen los Proverbios: *Fugit impius, nemine persequente.* (XXVIII. 1.)

Tal es el pecado, dice S. Crisóstomo, que, sin que nadie reprenda al culpable y le descubra, sin que nadie le condene, ni le acuse, ni sepa su falta, huye sin que le persigan. ¡Ah! El remordimiento está en el interior de su conciencia; este acusador está siempre allí, y como el pecador no puede huir, no

(1) *Fecit peccatum, ut aliquam corporalem caperet voluptatem, voluptas transit, peccatum manet: praterit quod delectabat, remansit quod pungat.* (*Tract. de Honest. mulier.*)

puede tampoco evitar á este acusador secreto que tiene en el alma. (*Apud Maxim., serm. XXVII.*)

El remordimiento es el compañero inseparable del pecado. Así como dos presidiarios encadenados juntos no pueden moverse, ni levantarse, ni ir y venir el uno sin el otro, de la misma manera el remordimiento sigue constantemente al pecador.

El esclavo del hombre descansa algunas veces, dice S. Agustín; pero el esclavo del pecado ¿á dónde ha de ir para descansar? A cualquier parte donde vaya, lo arrastra consigo. Una mala conciencia no puede huir de sí misma; no hay lugar en donde pueda ponerse al abrigo; se persigue á sí misma, porque el pecado cometido está dentro (1).

La conciencia criminal, dice Plutarco, es para el alma lo que la úlcera para el cuerpo: *Facिनorosa conscientia in anima instar est ulceris in corpore.* (Lib. de Tranquill. animi).

Aquel á quien se crucificaba llevaba su cruz, instrumento de su suplicio; de la misma manera el criminal lleva consigo su suplicio; su cruz es el remordimiento...

El pecador, dice S. Ambrosio, aun cuando exteriormente tiene abundantes riquezas, nada en los placeres y está rodeado de perfiles, pasa su vida en la mayor amargura; la vida del criminal es como un sueño; se despierta, su reposo ha pasado, y su placer se ha desvanecido; el mismo reposo de que parece gozar el impío es un infierno...

Ve el orgía del pecador, interrogad su conciencia; ¿no está más infocelo que todos los sepulcros? Mirad su alegría, sus inmensas riquezas. Ved sus úlceras y la herida de su alma, y la hiel que llena su corazón. No hay suplicio comparable al cautiverio del pecado, al remordimiento que dan las caídas en el pecado. Este remordimiento, que es la pena de la conciencia culpable, castiga al pecador que ha pecado secretamente; quiere cubrirse, y está desnudo en presencia de Dios. (*Lib. I. Offic., c. XII*).

Entre todas las tribulaciones del alma humana, no la hay mayor que el remordimiento de los pecados, dice S. Agustín: *Inter omnes tribulationes humane anime nulla est major tribulatio quam conscientia delictorum.* (In Psal. XLV).

Todo hombre malo, añade S. Agustín, está mal consigo mismo; está necesariamente atormentado y despedazado: es su propio tormento. Aquel que se ve perseguido por su conciencia es la pena de sí mismo: podemos huir de un enemigo; pero ¿cómo hemos de huir de nosotros mismos? (2).

La primera y la mayor pena de los que pecan, dice también Séneca, es el haber pecado: ningún crimen queda impune; el suplicio del crimen está en el mismo crimen: *Prima et maxima peccantium pena est, peccasse: nec ullum scelus impunibile est, quoniam sceleris in scelere supplicium est.* (Epist. XXVII).

(1) *Servus hominis aliquando requiescit; servus peccati, quo fugit? Se trahit quocumque fugerit. Non fugit seipsam mala conscientia; non est quo eat, sequitur se, imo non recedit a se; peccatum enim quod facit, intus est.* (*Lib. de Civit.*)

(2) *Quisquis malus est, male secum est, torqueatur necesse est, sibi ipsi tormentum est: ipse enim est pena sua, quem torquet conscientia sua. Fugit ab inimico qui poterit: á se quo fugiet? (In Psal. XXXVII. conc. II.)*

El remordimiento es como un guardian, como un peso echado á la puerta del mal para hacer justicia del pecado. Es el gusano roedor de la conciencia, es la tribulacion, la angustia y todos los dolores presentes y futuros.

Saulo, perseguidor, oye una terrible voz que le grita: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es volverse contra el aguijon del remordimiento: *Saulo, Saulo, quid me persequeris? Durum est tibi contra stimulum calcitrare.* (Act. IX. 4-5).

No hay suplicio más terrible que el remordimiento de conciencia, dice san Isidoro; la conciencia del pecador está siempre en pena; jamás una alma criminal está tranquila y en paz; el remordimiento la devora (1).

Los ojos que se cierran á la falta se abren á la pena, dice san Gregorio: *Oculos, quos culpa claudit, pena aperit.* (In Genes.)

La conciencia es un verdadero tribunal doméstico, dice S. Gregorio Nazianceno: *Conscientia domesticum et verum tribunal est.* (In Genes.)

La conciencia vale mil testigos, dice S. Gregorio: *Conscientia mille testes.* (In Genes.)

Los crímenes son castigados por los remordimientos, dice Séneca. (*Epist. XCVII.*)

Imposible es esconderos, si haceis algo de vergonzoso, dice Sócrates; porque, aún cuando lo ocultais á los hombres, vereis claramente vuestra iniquidad: *Omnino non sperandum, si quid turpe fueris, te latiturnum; quamvis enim lateas alios, late tamen tibi male conscius eris.* (Teste Plutarch.)

Nuestros padres, dice Epicteto, confian nuestra infancia á instructores; pero Dios nos entrega, cuando somos mayores, á nuestra conciencia para que nos guarde: *Parentes nos pueros, pedagogo; Deus autem, jam viros, conscientie custodienos tradit.* (Teste Plutarch.)

Aquellos, dice S. Crisóstomo, que en la cárcel, esperan la pena capital á la que están condenados, pasan las horas en la angustia y el tormento, aún cuando tuviesen todas las delicias de la tierra: lo mismo aquellos que tienen un alma cargada de iniquidades, se ven devorados por los remordimientos. (*Homil. XLII. de Nequitia depulsa.*)

Salid y ved, dice el Señor por la boca de Isaías; ved los cadáveres de los que violan mi ley: el gusano que los roe, no morirá jamás; y el fuego que los devora, tampoco se apagará; y serán para siempre un objeto de horror para toda carne. (*LXVI. 24.*) También dice Jesucristo: El gusano no muere nunca: *Vermis eorum non moritur.* (Marc. IX. 47).

Antloco, cargado de crímenes y perseguido por los remordimientos, decía: El sueño se ha alejado de mis ojos, estoy abatido, y mi corazón ha destallecido á causa de mis tormentos. Y he dicho á mi corazón: ¿En qué afliccion estoy sumido ahora, y en qué abismo de tristeza, yo que era dichoso y amado en mi poder! Ahora recuerdo los males que he hecho á Jerusalem, de donde he saqueado todo el oro y la plata, haciendo desterrar sin motivo á los que habitaban en Judea. Reconozco, pues, que es por tales causas que estos males han

(1) Nulla poena gravior est poena; conscientia conscientia rei semper in poena est, nunquam securus est reus animus; mens enim mala conscientia propriis gtratur stimulis. (*Líb. II. Soliloq.*)

caído sobre mí; y he aquí como, postrado en la tristeza, muero en la tierra extranjera: *Nunc reminiscor malorum quae feci in Jerusalem... Cognovi ergo quia propterea invenerunt me mala ista; et ecce pereo tristitia magna in terra aliena.* (I. Machab. VI. 10-13).

Se ven las mismas penas en Alan, Cain, en los hermanos de José y en el traidor Judas; porque el remordimiento oprime la conciencia, trae el crimen á la memoria, y con sus violentas acusaciones, castiga y no deja reposo alguno. En mi propia casa y en mi propia familia tengo acusadores, dice S. Bernardo, tengo testigos, jueces y verdugos. La conciencia me acusa, la memoria es el testigo, la razon es el juez, el deleite es la cárcel, y el temor es el suplicio (1).

El mal persigue á los pecadores, dicen los Proverbios: *Peccatores persequitur malum* (XIII. 24); pues la falta cometida persigue sin tregua á su autor....

Una alma manchada de crímenes, dice Pacato, tiene no sé qué verdugos interiores: ó más bien, semejante conciencia es el verdugo de sí mismo: *Habet necio quos internos, mens scelerata, carnifices; aut ipsa sibi carnifex conscientia est.* (In Paneg. Theodosii imper., c. XLIII).

¡O triste recuerdo, ó el más terrible de los tormentos, el de una conciencia manchada! exclama Quintiliano: *O tristis recollectio, ó tormentis omnibus conscientia gravior!* (Declamat. XII).

El remordimiento se agarra al culpable como el buitre á su presa...

Es la conciencia que castiga cuando se obra mal, dice Filostrato. De ella vinieron los furros de Orestes cuando se arrebato contra su madre. (*Líb. VII de Vita Apollonii, c. VII.*)

No hay pena comparable á una conciencia cargada de crímenes, dice San Gregorio; porque, cuando el hombre sufre en el exterior, se refugia en Dios; pero una conciencia desarreglada no encuentra á Dios dentro de sí misma; entonces, ¿dónde puede hallar consuelos? ¿dónde buscar el reposo y la paz? (*In Psalm. CXLIII.*)

¿Qué pena más terrible, dice S. Ambrosio, que la herida interior de la conciencia? ¿Qué juicio más severo que este juicio doméstico, que hace que el culpable vea su crimen y se lo eche en cara? (*Líb. III. de Offic., c. IV.*)

Mi pecado me ha abatido, dice Sion por medio de Jeremias, y durante todo el día he estado agobiado de dolor: *Passit me desolatum, tota die mureore confectam.* (Lament. I. 13).

El remordimiento se apodera de vosotros de la misma manera que el dolor sobrecoge á una mujer en el parto, dice el profeta Miqueas. (IV. 9). ¿Por qué, dice S. Ambrosio, tormentos semejantes caen sobre el pecador? Porque concibe la iniquidad y la produce; porque no hay dolor más grande que el remordimiento del pecado que hiere el alma; no pñede ya levantarse, y no podría nunca sin la gracia de Dios. ¡O hijo mio, qué agobiado es el peso de las iniquidades! (*Líb. III. de Offic.*)

(1) In domo propria, et propria familia, habeo accusatores, testes, iudices, et tortores: Accusat me conscientia, testis est memoria, ratio iudex, voluptas carcer; timor tortor, tormentum. (*Líb. de Interiori domo, c. XIV.*)

Mis días han terminado, dice Job, mis pensamientos se han dispersado atormentando mi corazón; el día no es para mí más que una noche oscura, la luz no es más que tinieblas. (XVII. 11-12).

Horrible desgracia de no sentir remordimientos.

Un enfermo que no siente su mal, está próximo á la muerte; así sucede al pecador que no tiene, que no siente remordimientos, porque los ha ahogado... Cuando el pulso no late, está terminada la vida; el pulso para el pecador es el remordimiento, mientras que el remordimiento se hace sentir, hay esperanza de salud para el pecador; pero, cuando cesa, la esperanza se aleja...

La señal más cierta y más horrorosa del abandono de Dios y de la reprobación eterna, es la cesación del remordimiento. Cuando un pecador no tiene remordimientos y se alegra de no ser inquietado en sus placeres, entónces se vanagloria hasta de sus crímenes; no piensa en arrepentirse ni en enmendarse, sigue en ellos con seguridad, y todo está perdido para él, y maldecido por el tiempo y por la eternidad.

Una alma criminal perseguida por el remordimiento siente su falta; tarde ó temprano se reconcentra tal vez en sí misma, y cambia de vida; pero cesando los remordimientos, no siente ya su falta, y es incapaz de convertirse...

El remordimiento es una gracia para el pecador.

El remordimiento es una gracia para el pecador; sentir el remordimiento y escucharlo prueba que la conciencia no está enteramente apagada, dice san Ambrosio; el que siente su herida, desea la curación y toma remedios. Dónde no se siente el mal, no hay esperanza de vida. (Lib. II. de Offic. c. V).

Si vuestras iniquidades, Señor, dice Jeremías, claman contra nosotros, obrad con arreglo á vuestro nombre, pues vuestras iniquidades son innumerables; hemos pecado contra vos: *Si iniquitates nostras responderint nobis, quia multas sunt aversiones nostrae, tibi peccavimus.* (XIV. 7). Observad aquí el poder del remordimiento, que, como dice Orígenes, es el corrector y el guía del alma. (In Genes.)

Así, 1.º, el remordimiento es un freno después del pecado, porque nos lo hace aborrecer...; 2.º es un castigo saludable después del pecado, porque nos manifiesta su enormidad... Cerraré el camino del pecado con espinas, dice el Señor en Oseas: *Septiam viam tuam spinis.* (II. 6). Y dirá: Iré y volveré á mi primer esposo, á Dios, porque entónces era más feliz que hoy: *Et dicet: Vadam, et revertar ad virum meum priorem, quia bene mihi erat tunc magis quam nunc.* (Id. II. 7). Dios cierra el camino del pecado con el remordimiento...

Medios de calmar el remordimiento y evitarlo.

¿Quereis no tener nunca remordimientos? dice S. Isidoro: Vivid santamente; el vivir bien proporciona siempre alegría y tranquilidad: *Vis nunquam esse tristis? Bene vive; bona vita semper gaudium habet.* (Lib. II. Soliloq.)

Perereis entre las naciones, y la tierra enemiga es consumirá, dice el Señor en el Levítico. Y si algunos entre vosotros sobreviven, languidecerán en la tierra de sus enemigos, por culpa de sus iniquidades, y estarán afligidos por sus pecados, hasta que confiesen sus maldades; yo marcharé contra ellos hasta que su corazón incircunciso se humille. (XVI. 38-41).

Así pues el medio de evitar el remordimiento es evitar el pecado que lo engendra; y el medio de calmarlo y hacerlo desaparecer es arrepentirse de los pecados cometidos, corregirse y hacer penitencia...

RESPECTO HUMANO.



¿Qué cosa más servil que quedar reducidos, ó más bien reducirnos á nosotros mismos á la necesidad de conformar nuestra religion al capricho de otro, y practicarla, nó segun el Evangelio, sino segun las ideas de los demás, no dar señales de profesarla, ni cumplir los deberes que nos impone, siendo tan sólo cristianos segun el capricho ajeno?

San Agustin condena á los sabios del paganismo, á quienes la razon manifestaba la de un Dios único, y que adoraban á varios por respeto humano. Y por otro respeto humano, el cobarde cristiano no sirve al Dios que conoce y en quien cree. Aquéllos eran superciosos á idólatras; y éste, por respeto humano, es hoy infiel é impío. Aquéllos, para no atraerse el odio de los pueblos, practicaban lo que condenaban, adoraban lo que despreciaban, profesaban lo que detestaban, dice S. Agustin: *Calebant quod reprehendebant, agebant quod arguebant, quod culpabant adorabant.* (Lib. de Civil.) Los paganos remelaban á los devotos, dice Bourdaloue, y nosotros remedamos á los ateos. En ellos no era más que una ficcion que sólo interesaba á las dignidades falsas; pero la nuestra es una abominacion real. (Sermon sobre el respeto humano).

Obrar así es hacernos esclavos; y nacidos libres, debemos serlo inviolablemente por Dios, á quien debemos le, respeto, adoracion, reconocimiento y amor...

En el tiempo de la pasion, la sirvienta que estaba á la puerta dijo á Pedro: El respeto humano es debilidad y cobardía.

El que teme al hombre caerá de repente, dicen los Proverbios; *Qui timet hominem, cito corruet.* (XXIV. 25). No han invocado al Señor, dice el Salmista, se han estremecido de terror allí donde no habia que temer: *Deum non invocaverunt; illie trepidaverunt timore ubi non erit timor.* (III. 6).

¿Qué cobardía, por ejemplo, no atreverse á manifestarse cristiano con una sencilla señal de la cruz? ¿No es la cruz, dice S. Agustin, la que nos bendice y el agua que nos regenera, y el sacrificio que nos alimenta, y la uncion santa que nos fortifica? (Tract. CXXVIII. in Joann.)

El respeto humano es cosa indigna y cobarde... Nada degrada, envilece ni deshonra al hombre como el respeto humano...

¿Qué es lo que nos contiene? Una palabra, un signo, una chanza... ¿Que pequenez de espíritu, y qué mezquindad de corazón!... En vano tratamos de ocultar esta debilidad y esta cobardía...

Desórden que hay en el respeto humano.

Primer desórden del respeto humano: destruye el amor de preferencia que debemos á Dios; lo que es destruir toda la religion. Preferir Dios á la criatura es el sagrado deber de todos los hombres; y el respeto humano hace preferir la criatura al Criador. ¿Por qué, en efecto, llamamos á este respeto humano, sino porque nos hace preferir la criatura á Dios...?

Segundo desórden del respeto humano: precipita al hombre en una especie de apostasia. ¿Cuántas irreverencias en el lugar santo por temor de parecer hipócritas y cristianos...?

Tercer desórden del respeto humano: hace inútiles las más preciosas gracias de Dios. Sentimos la necesidad de una vida más arreglada; pero el respeto humano paraliza estas buenas disposiciones... Todas las gracias llegan á ser inútiles por esta desgraciada debilidad...

El respeto humano es un escándalo.

El respeto humano es un escándalo injurioso para Dios, porque destruye el culto de Dios...

El respeto humano, es, sobre todo, un sensible y perniciosísimo escándalo en los ricos y en los poderosos...

¿De dónde viene el respeto humano?

Muchos de entre los mismos príncipes creyeron en Jesucristo, dice el Evangelio; pero, á causa de los fariseos, no lo confesaban por miedo de ser arrojados de la sinagoga; pues preferían la gloria de los hombres á la gloria de Dios (1). ¿Cuántos imitan este triste ejemplo...!

¿Se teme la crítica...! Tengamos los sentimientos de S. Agustín, que decía: Pensad de Agustín lo que os plazca; todo lo que desco, todo lo que quiero y lo que busco, es que mi conciencia no se acuse ante Dios: *Senti de Augustino quidquid libet; sola me conscientia in oculis Dei non accuset.* (Lib. I contra Secundinum, c. 1).

Necesidad de despreciar el respeto humano.

Hemos de pisotear el respeto humano; es una necesidad vigorosa. Se ha de crear de corazón para obtener la justicia, y confesar con la boca para conseguir la salvacion, dice el gran apóstol: *Cordo creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem.* (Rom. X. 10).

No os avergoncéis de la manifestacion de nuestro Señor, ni de mí, que soy su cautivo, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo; sufrid más bien conmigo por el Evangelio, segun la fuerza de Dios: *Noli erubescere testimonium Domini nostri, neque me victum ejus; sed collabora Evangelio secundum virtutem Dei.* (II. 8).

¿Es de los hombres ó de Dios de quien he de desear la aprobacion? escribe aquel apóstol á los gálatas. ¿Trato acaso de agradar á los hombres? Si yo agradase aún á los hombres, no sería siervo de Jesucristo: *Moto enim hominibus suadeo, an Deo? An quero hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.* (I. 10).

(1) Ex principibus multi crediderunt in eum; sed propter phariseos, non confitebantur, ut e synagoga non eiecerent. Dillexerunt enim gloriam hominum, magis quam gloriam Dei. (Joann. XII. 42-43).

El que se haya avergonzado de mí y de mis palabras, dice Jesucristo, verá que el Hijo del hombre se avergüenza de él cuando venga en su majestad y en la de su Padre y de los santos ángeles: *Qui me erubuerit, et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua, et Patris, et sanctorum angelorum.* (Luc. IX. 26).

El que me haya confesado delante de los hombres, dice tambien en otra parte, verá como le confieso delante de mi Padre, que está en los Cielos. Y yo negaré tambien delante de mi Padre que está en los Cielos á cualquiera que me haya negado delante de los hombres (1).

Y el dejarse dominar por el respeto humano es ciertamente avergonzarse de Dios y negarle.

No temais el oprobrio ni las blasfemias de los hombres, dice Isaias: *Nolite timere opprobrium hominum, et blasphemias eorum ne metuatís.* (LVII. 7).

No me avergüenza del Evangelio, dice el gran apóstol: *Non erubesco Evangelium.* (Rom. I. 16).

A mí, dice en otra parte, me es indiferente ser juzgado por vosotros ó por cualquier otro hombre: *Mihi pro minimo est ut a vobis judicer, aut ab humano die.* (I. Cor. IV. 3).

Hay una gran gloria en seguir al Señor, dice el Eclesiástico: El es quien prolonga nuestros dias: *Gloria magna est sequi Dominum: longitudo dierum assumetur ab eo.* (XXIII. 38).

Porque no han renegado de Jesucristo, dice S. Agustín, pasan de este mundo al Padre celestial; confesándole, merecen la corona de vida, y la poseen para siempre: *Quia Christum non negaverunt, transierunt de hoc mundo ad Patrem; confitendo, coronam promerentes, et vitam sine finem tenentes.* (In Eccles.)

¿Qué acto tan grande hizo el buen ladrón, dice S. Crisóstomo, para ir inmediatamente de la cruz al Cielo? ¿Queéis que os explique su virtud en dos palabras? Mientras Pedro negaba á Jesucristo, no lejos de la cruz, el buen ladrón le confesaba entonces públicamente en la cruz... (De Cruce et Latr., homil.)

La fuerza, la gracia, la salvacion y la gloria están en el desprecio del respeto humano...

Jamás el cristiano valeroso se abandona de Dios ni de su religion... Si la Magdalena, el publicano, el pródigo y el buen ladrón hubiesen oido la voz del respeto humano, no habrían abandonado el camino de la perdicion.

Si sufrimos con Jesucristo, reinaremos tambien con él, dice S. Pablo: Si á él renunciamos, renunciará tambien á nosotros: *Si sustinebimus, et conregnabimus; si negaverimus, et ille negabit nos.* (II. Tim. II. 12).

Se han avergonzado de lo que no debían, dice el Salmista; Dios los dispensará. Porque se levantan contra él, caerán en la confusion, pues el Señor

(1) Omnis qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est: Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est. (Matth. X. 32-33).

Hay gloria y valor en vencer el respeto humano.

los ha despreciado: *Illie trepidaverunt timore ubi non erat timor, Deus dissipavit ossa eorum, qui hominibus placent: confusi sunt, quoniam Deus sprexit eos.* (LII. 6-7). Hé aquí un triple castigo para los que se dejan guiar por el respeto humano para agradar al mundo; 1.º el quebrantamiento de los huesos, es decir, la pérdida de la vida, de la dicha, de la paz y de la salvación...; 2.º la confusión, la ignominia y la pérdida de la gloria...; 3.º el desprecio de Dios y la reprobación.

RESURRECCION.

LA primera noche de la muerte de Jesucristo, un hombre rico de Arimatea, llamado José, fué á encontrar á Pilatos, y habiéndole pedido el cuerpo de Jesús, Pilatos mandó que se lo diesen. Por consiguiente, José tomó el cuerpo, lo envolvió en un paño blanco y lo depositó en un sepulcro nuevo que habia hecho abrir en la Peña; é hizo correr una gran piedra á la entrada del sepulcro. Por la mañana siguiente reunidos los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, fueron á encontrar á Pilatos, y le dijeron: Señor, nos hemos acordado de que aquél habia dicho durante su vida: Después de tres días resucitaré. Mandad, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día, no sea que sus discípulos vengán á robar su cuerpo, y digan al pueblo que ha resucitado de entre los muertos; pues el último error sería peor que el primero. Pilatos les dijo: Guardias teneis; id, y guardadlo como queráis. Así pues, yéndose, cerraron cuidadosamente el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron allí guardias. (*Math. XXV*).

Jesucristo nuestro jefe ha resucitado.

Después del sábado, á la primera luz del día que sigue al sábado, María Magdalena y la otra María fueron á visitar el sepulcro. Y hubo un gran terremoto. Porque el ángel del Señor bajó del Cielo, y acercándose apartó la piedra y se sentó encima. Su rostro estaba centelleante, y su vestido era como la nieve. Los guardias, al verle, llenos de espanto, se quedaron como muertos. Y el ángel dijo á las mujeres: Vosotras, nada temáis; pues sé que buscáis á Jesús, que ha sido crucificado. No está aquí, pues ha resucitado como lo habia dicho: venid y ved el lugar donde el Señor ha estado colocado. Y apresuraos á ir á decir á sus discípulos que ha resucitado. Tened en cuenta que os precede en Galilea; allí le veréis, os lo predigo. (*Math. XXVIII*).

Algunos de los guardias fueron á anunciar á los príncipes de los sacerdotes lo que habia pasado. Y habiéndose éstos reunido, y habiendo celebrado consejo con los ancianos, dieron una gran cantidad de dinero á los soldados, diciéndoles: Decid que sus discípulos han venido de noche y lo han robado mientras dormiais (1).

Si los guardias dormían, dice S. Remy, ¿cómo vieron el robo? *Si custodes dormierunt, quomodo furtum viderunt?* (De Resurrect.)

Vosotros presentais como testigos á hombres que dormían, dice S. Agustin. Verdaderamente, ó ciegos judíos, vosotros sois los que dormís, cuando después de buscar mucho nos dáis semejantes respuestas: *Dormientes testes adhibes. Vere tu ipse ab dormisti, qui scrutando talia fecisti.* (In Psal. LXIII).

Los discípulos, que se habian escapado y estaban escondidos por temor,

(1) Et congregati cum senioribus, concilio accepto, pecuniam copiosam dederunt militibus, dicentes: Dicitis quia discipuli eius nocte venerunt et furati sunt eum, vobis dormientibus. (*Math. XXVIII. 11-13*).

¿se habrían atrevido á robar á su maestro en medio de los guardias armados y de tantos soldados? Es imposible que tantos se quedasen todos dormidos, más que más habiéndoseles impuesto la pena de muerte, si se hubiesen dejado quitar al Crucificado... Luego habria habido un alboroto, si los discípulos hubiesen querido robarle, y este ruido se habria oido, y los soldados se habrían despertado...

Por otra parte, las varias apariciones reales de Jesucristo en particular y en público, prueban invenciblemente su resurreccion..., y su ascension prueba evidentemente que habia resucitado... Todos los fieles están ahí para atestiguar el gran milagro de la resurreccion de Jesucristo.

El Real Profeta habia predicho esta resurreccion: No permitireis, Señor, dice, que vuestro Santo vea la corrupcion de la tumba: *Non dabis Sanctum tuum videre corruptionem.* (XV. 11).

Me he dormido, y he sido sumergido en un sueño profundo, y me he despertado, porque el Señor es mi apoyo, dice Jesucristo por medio del Salmista: *Ego dormivi, et soporatus sum, et, exurrexi quia Dominus suscepit me.* (III. 5).

En aquel día, dice Isaías, el retoño de Jesé se levantará como un estandarte á la vista de los pueblos; á él acudirán todas las naciones, y su sepulcro será glorioso: *In die illa radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulcrum ejus gloriosum.* (XI. 10). Y el sepulcro de Jesucristo ha sido glorioso por la resurreccion...

El mismo Jesucristo habia predicho que no estaria más que tres dias en la tumba. Así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra. (Matth. XII. 40).

Durante su vida, decia á sus discípulos que habia de ir á Jerusalem, habia de sufrir mucho de parte de los ancianos, escribas y príncipes de los sacerdotes; que seria condenado á muerte, y resucitaria el tercer dia (1). En otra circunstancia Jesús les dijo tambien: El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los hombres. Y lo matarán, y el tercer dia resucitará: *Dixit illis Jesus: Filius hominis tradendus est in manus hominum, et occidetur eum, et tertia die resurget.* (Matth. XVII. 21-22).

Todos los apóstoles no dejan de anunciar y proclamar la resurreccion de Jesucristo. El Cristo ha muerto, dice S. Pablo, ha muerto para nuestros pecados, segun las Escrituras; ha sido sepultado, y ha resucitado el tercer dia, segun las Escrituras. Ha sido visto de Cetas, y luego de once. Luego ha sido visto por más de quinientos hermanos juntos, de los cuales muchos viven todavía; despues ha sido visto por Santiago, y más tarde por los doce apóstoles, y finalmente tambien lo he visto yo, que soy el último de todos, y como un aborto, porque soy el más insignificante de los apóstoles. (I. Cor. XV. 3-9).

No sólo todos los apóstoles han visto muchas veces á Jesucristo despues de su resurreccion, durante cuarenta dias, sino que todos han dado su vida

(1) Exinde cepit Jesus ostendere discipulis suis, quia oporteret enim ire Hierosolymam, et multa pati á senioribus, et scribis, et principibus sacerdotum, et occidi, et tertia die resurgere. (Matth. XVI. 21).

para atestiguar ante el universo que verdaderamente Jesucristo habia resucitado.

La Iglesia toda ha mirado siempre como un dogma de fe la resurreccion de Jesucristo...

He estado muerto, dice Jesucristo en el Apocalipsis, y ahora vivo en los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno: *Fui mortuus, et ecce sum vivens in secula seculorum, et habeo claves mortis et inferni.* (I. 18).

El profeta Oseas habia tambien visto y predicho la resurreccion de Jesucristo. El Señor, dice, resucitará al tercer dia, y viviremos en su presencia: *In die tertia suscitabit, et vivemus in conspectu ejus.* (VI. 3).

Por varias razones Jesucristo resucitó el tercer dia. La primera es que Jonás estuvo tres dias en el vientre de la ballena. Ya hemos dicho que Jesucristo daba esta razon en S. Mateo, capítulo XII, versículo 40.

La segunda razon es que Jesucristo lo habia predicho en S. Juan: Destruid este templo, decia á los judíos, y lo volveré á levantar en tres dias. Y hablaba del templo de su cuerpo: *Dixit eis: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud. Ille dicebat de templo corporis sui.* (II. 19-21).

La tercera razon es para enseñar que la cruz y la muerte de los fieles no habian de ser de larga duracion comparadas con la bienaventuranza eterna.

El Real Profeta predice así la resurreccion general. El Señor, dice, conserva todos sus huesos, no habrá ni uno solo roto: *Custodit Dominus omnia ossa eorum unam; ex his non conteretur.* (XXXIII. 20).

Que los muertos resucitan, dice Jesucristo, lo manifiesta Moisés por lo que el Señor le dijo en la zarza: Soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Y Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. (Luc. XX. 37-38).

Jesucristo, dice el gran apóstol á los corintios, ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que duermen: *Christus resurrexit á mortuis, primitiæ dormientium.* (I. XV. 20). Si he combatido contra los brutos en Efeso, dice, ¿de qué me sirve, si los muertos no resucitan? Pero, dirá alguno, ¿cómo resucitarán los muertos, ó en qué cuerpo volverán? ¿Insensato! lo que sembras no está vivificado, si antes no muere. Y lo que sembras, no es el cuerpo que será, sino un simple grano, como de trigo, por ejemplo, ó de cualquiera otra cosa. Pero Dios le da el cuerpo que quiere, y á cada simiente el cuerpo que le es propio. Así sucede con la resurreccion de los muertos; lo que está sembrado en la corrupcion, resucitará en la incorrupcion; lo que está sembrado en la abyeccion, resucitará en la gloria; lo que está sembrado en la debilidad, resucitará en la fuerza; lo que está sembrado, es un cuerpo animal; y lo que resucitará será un cuerpo espiritual (1).

(1) Seminator in corruptione, surget in incorruptione; seminator in ignobilitate, surget in gloria; seminator in infirmitate, surget in virtute; seminator corpus animale, surget corpus spirituale. (I. Cor. XV. 42-44).

Razon por la cual Jesucristo resucita el tercer dia.

Nosotros tambien resucitaremos.

Voy á decirlos un misterio: Todos resucitarémos, pero no seremos todos cambiados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al último sonido de la trompeta, pues la trompeta sonará, los muertos resucitarán incorruptibles, y seremos cambiados; porque es preciso que este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad (1). Y cuando el cuerpo mortal esté cubierto de inmortalidad, quedará cumplida entónces la palabra que se ha escrito: La muerte ha sido absorbida en la victoria. O muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿dónde está, ó muerte, tu aguijón (2)?

Por cuya razon, concluye el apóstol, sed firmes é inquebrantables, amadísimos hermanos míos, trabajando siempre abundantemente en la obra del Señor, y sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor: *Itaque, fratres mei dilecti, stabiles estote, et immobiles; abundantes in opere Domini semper scientes quod labor vester non est inanis in Domino.* (I. Cor. XV. passim.)

Para nosotros, dice aquel gran apóstol á los filipenses, nuestra vida es la de la ciudad de los Cielos; de donde esperamos tambien el Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo infimo, configurándole como su glorioso cuerpo con la energía de aquel poder con que sujeta todas las cosas (3).

No quiero, hermanos míos, escribe á los tesalonicenses, que ignoreis lo que concierne á los que duermen, á fin de que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza: *Nolumus vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini sicut et veteri qui spem non habent.* (I. IV. 13). Porque, si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, así por Jesús Dios traerá consigo á los que duermen. Porque, os lo decimos, sobre la palabra del Señor, nosotros que vivimos, reservados para el advenimiento del Señor, no precederemos á los que están dormidos; pues el mismo Señor, á la emision de la voz del arcángel y al sonido de la trompeta de Dios, bajará del Cielo, y los que han muerto en Cristo resucitarán los primeros. Luego nosotros, que vivimos, que hemos sido dejados, seremos llevados con ellos sobre las nubes á recibir á Cristo en los aires; y así estaremos siempre con el Señor: consolaos, pues, unos á otros con estas palabras. (I. Thess. IV. 14-18).

La muerte, segun el apóstol, no es más que un sueño; Jesucristo lo dice formalmente hablando de Lázaro: *Lazarus, amicus noster, dormit, sed vado ut a somno excitem eum.* (Johann. XI. 14).

Los cementerios no son más que un vasto dormitorio.

Resucitaremos, á ejemplo de Jesucristo, por dos causas: 1.ª porque Jesucristo ha sido un hombre semejante á nosotros, que ha muerto como morimos;

(1) Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur. In momento, in icu oculi, in novissima tuba, cum et enim tuba, et mortui resurgent incorrupti, et nos immutabimur. Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem. (I. Cor. XV. 51-53).

(2) Cum autem mortale hoc induerit immortalitatem, tunc fiet sermo, qui scriptus est: Absorpta est mors in victoria. Ubi est, mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus? (Ibid. XV. 53-54).

(3) Nostra conversatio in Caelis est: unde etiam Salvatorem expectamus Dominum, nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae, secundum operationem, qua etiam possit subicere sibi omnia (III. 20-21).

y 2.ª porque Jesucristo es nuestro jefe, y porque ha puesto en nosotros, como siendo sus miembros, la virtud de la resurreccion...

Jesucristo resucita él mismo públicamente á tres muertos. Cuando murió, varios cuerpos de Santos resucitaron: *Et monumenta aperta sunt; et multa corpora Sanctorum qui dormierant, surrexerunt.* (Math. XVII. 52).

En el trascurso de los siglos un sinúmero de Santos han resucitado de entre los muertos en nombre de Jesucristo...

Uno de los siete Macabeos, mártires en el reinado de Antiocho, estando próximo á expirar, dijo á este rey cruel: Ciertamente, hombre perverso, nos haces morir en la vida presente; pero el Rey del mundo nos resucitará para la vida eterna: *Rex mundi defunctos nos pro suis legibus in aeterna vitae resurrectione suscitabit.* (II. Machab. VII. 9). El segundo, próximo á la muerte y lleno de confianza, dijo: He recibido este cuerpo del Cielo; pero lo desdeno ahora, á causa de las leyes de Dios; porque espero que me lo devolverá: *E caelo ista possideo, sed propter Dei leges nunc haec ipsa despicio; quoniam ab ipso me ea recepturum spero.* (Ibid. VII. 41). El tercero, ántes de morir, habló así: Para aquellos que esperan de Dios que los resucite, bueno es morir; pero tú no resucitarás á la vida: *Potius est ab hominibus morti datos, spem expectare a Deo, iterum ab ipso resuscitandos: tibi enim resurrectio ad vitam non erit.* (Ibid. VII. 14). En fin, el más jóven, que fué martirizado el último, dijo: Sufriendo un corto dolor, mis hermanos están ahora en la alianza de la vida eterna (y resucitarán). (Ibid. VII. 36).

Vuestros huesos se reanimarán como la yerba, dice Isaías: *Ossa vestra quasi herba germinabunt.* (LXVI. 14).

Los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, dice el profeta Daniel, unos para la vida eterna, y otros para el proelio; á fin de que vean para siempre: *Qui dormiunt in terrae pulvere, excitabunt, alii in vitam aeternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.* (XII. 2).

Los arrancaré de las manos de la muerte, dice el Señor por boca del profeta Oseas; ó muerte, seré tu muerte: *De manu mortis liberabo eos, de morte redimam eos: ero mors tua, o mors.* (XIII. 14).

Jesucristo nos resucitará, porque no ha hecho la muerte, y la ha matado con su propia muerte...

Sé, dice Job, que mi Redentor está vivo, y que en el último día me levantaré de la tierra; y me revestiré de nuevo con mi carne, y en esta carne veré á mi Señor. Le veré yo mismo, y mis ojos le contemplarán, y no será otro; esta esperanza se abriga en mi seno (4).

La primavera es una imagen de la resurreccion de los cuerpos...

Nuestros cuerpos resucitarán: 1.º porque Dios lo quiere y lo ha dicho...; 2.º porque nuestro cuerpo es una parte de nosotros mismos...; 3.º para que nuestros cuerpos participen de la recompensa de nuestras almas, como han concurrido en sus méritos, ó participen de los castigos del alma, si han participado de sus iniquidades...

(4) Scio quod Redemptor meus vivit, et novissimo die de terra surrecturus sum. Et rursus circumdabor pulvere meo, et in carne mea videbo Deum meum: quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspiciuntur suus, et non alius: reposita est haec spes mea in sinu meo. (LXX. 25-27).